

Reflejos

Durante las tardes de primavera, las libélulas salían de su escondite y planeaban, elegantes y libres, junto a la ribera del arroyo. En los instantes en los que, por alguna especie de sortilegio matemático, los rayos del sol incidían sobre ellas en el ángulo preciso, sus alas desprendían un extraño brillo iridiscente, indefinido entre un elegante tono plateado y un peculiar destello aguamarina. Ana sabía anticipar esa conjunción elemental; la alquimia que daría lugar a la fotografía perfecta y, sin preocuparse por el barro o por las rocas, se dejaba caer en el suelo armada con su vieja cámara analógica.

En un pequeño pueblo rural como el nuestro, compuesto por cincuenta vecinos repartidos en tres calles, los talentos nunca permanecían demasiado tiempo en secreto. Habíamos descubierto incipientes futbolistas, músicos natos, curiosos botánicos y pintores a la altura de las grandes academias, pero todos sabíamos que el don de Ana era diferente. Quizá fuera porque su cámara había sido un regalo venido de la lejana gran ciudad –ese terrible monstruo de asfalto en el que ninguno queríamos pensar–, o tal vez porque el proceso de revelado de imágenes que llevaba a cabo entre sombras rojizas en la trastienda de la tienda de ultramarinos de sus padres parecía casi sobrenatural.

Para mí, la singularidad no residía en ninguna de aquellas cosas, sino en el hecho de que Ana parecía tener una capacidad innata para adelantarse a lo que iba a ocurrir. Su objetivo había captado, a mi entender, sucesos en teoría inexplicables: un pájaro sobre la nieve a punto de emprender el vuelo, una carcajada inesperada de nuestro profesor de matemáticas en la fiesta de la comarca, un beso furtivo entre el señor y la señora Varela a la salida de misa, una hornada de nuestro pan de pueblo en el crepitar de la lumbre, la colorida explosión de un fuego artificial lanzado por error contra la fuente. También, para mi vergüenza, me había capturado a mí, encaramado a la rama de un árbol, lápiz tras la oreja y libreta en mano, frustrado ante mi incapacidad de encontrar la rima perfecta entre dos versos rebeldes.

Aquellas fotografías habían sido una constante en mi infancia; una crónica de vida leal a la que tan solo dedicaba pensamientos esporádicos. Había dado por hecho que todo permanecería igual, que Ana mantendría vivos el pasado y el presente del pueblo, hasta que, una tarde del mes de junio de nuestro último año de instituto, mientras recogía agua en la fuente, escuché al señor Varela cuchichear que Ana iba a marcharse de la aldea.

Aunque no emigraba mucha gente, cada año había más: se hablaba de progreso, de dinero, de oportunidades, del trabajo que había en las urbes. Algo se revolvió en mi estómago y, turbado, aparté la garrafa, ya llena, del grifo. El rumor se había extendido tan deprisa que, en una veintena de pasos, ya había descubierto que estudiaría Bellas Artes y fotografía en la capital, que iría a vivir con unos primos lejanos y que era posible que no volviese en muchos meses debido a lo caros que costaban los billetes de tren.

De repente la vi, apartada del murmullo, en el viejo poyete de piedra que había a la entrada de su casa mientras limpiaba su cámara. En cualquier otra circunstancia, a la vista de su habitual sonrisa, me habría ruborizado y seguido mi camino, pero me sorprendí a mí mismo acercándome en silencio. Dejé la garrafa en el suelo y me senté a su lado con la espalda apoyada en la pared y la vista fija en el horizonte.

Si bien siempre habíamos ido a la misma clase y había existido entre ambos una evidente simpatía manifestada, por lo general, en gestos cómplices, nunca habíamos cruzado más de diez conversaciones. Era culpa mía, supuse, dado que siempre había estado dominado por una profunda timidez que solo rompía por extrema necesidad o por una viva inquietud. En aquel momento, sabía que iba a quebrarla por desesperación; porque ya no tenía nada que perder.

Había muchas cosas que, desde hacía años, habría querido decirle, sobre ella, sobre mí, sobre la aldea, pero todas ellas habían quedado sepultadas y olvidadas por una súplica infantil que me repiqueteaba en el pecho con tanta fuerza que temí que se percibiese por encima del sonido del viento: «Ana, no te vayas». No obstante, y dado que jamás podría verbalizar aquello, decidí preguntarle, con un ligero temblor en la voz, cómo podía saber cuándo tomar cada fotografía; de qué manera dibujaba el encadenamiento de sucesos en su mente para congelar el tiempo en el segundo más bello.

En contra de la mofa que esperaba, su expresión se volvió seria. «Al principio había mucha casualidad y creo que la suerte todavía me acompaña. Ahora he aprendido a observar y a esperar. Los pequeños gestos delatan y muchas veces es fácil distinguir cómo van a terminar», explicó, con más sabiduría de la que era posible disponer con diecisiete años. Al mirarme, algo resplandeció en su rostro; una brizna de ese entendimiento que vivía suspendido entre nosotros. «A veces siento que las imágenes ya viven dentro de mí y que solo necesito esperar a que se materialicen ante mis ojos».

Imaginé que así había puesto la primera piedra de su destino: en un equilibrio perfecto entre sueño y ejecución. Se habría visualizado a sí misma entre edificios, como autora de imágenes de prensa y revistas, en galerías, mostrando su arte al mundo en un immaculado universo cosmopolita. Decidí que otro día le preguntaría cómo se hacía eso de construir un futuro; de materializar un anhelo lejos de cualquier expectativa y apartada de todo lo que le era familiar. Otro día, sí, me repetí, porque el verano era largo y la fecha de su partida quedaba aún muy lejos. Entonces, temeroso de que mis huidizos sentimientos pudieran reflejarse en mis ojos, me puse en pie, agarré el agua y reemprendí la vuelta a casa.